

# ¿Es la clase obrera una entelequia?

## El antimarxismo militante

Javier Paniagua\*

Universidad Nacional de Educación a Distancia

*“Los mitos nacen, mueren y resucitan en función siempre de una lógica histórica e ideológica”*  
(Ricardo García Cárcel *El sueño de la nación indomable*)

En septiembre y diciembre de 2018 me encontré en Facebook una serie de testimonios de José Luis Ibáñez Salas, licenciado en Historia, autor de libros como *La Transición* y *El Franquismo*, máster en edición, crítico de libros, escritor y editor de la Editorial Santillana, entre otras. Suele tener un papel destacado en esa plataforma digital analizando aspectos de la realidad política, social o escribiendo poemas, al tiempo que dirige una revista digital “Anatomía de la Historia” donde se publican temas varios de Historia de España o Universal. Lo conocí cuando dirigía la editorial Nowtilus y en ella publiqué dos libros de divulgación sobre anarquismo y socialismo. Las relaciones no fueron fáciles porque tenía una manera de corregir los textos con modales cargados de rudeza. He de reconocer que, generalmente, sus retoques y depuraciones solían ser acertadas y si te desprendías de tu ego como escritor aceptabas en muchas ocasiones sus criterios. Tono displicente que no ha abandonado. Cuando hace unos meses escribí una columna a la muerte de Carmen Alborch, la ex ministra del PSOE con Felipe González y amiga desde los tiempos universitarios, utilicé la polémica entre dos historiadores marxistas, Dobb y Sweezy, de los años 50 del siglo XX, sobre la transformación del feudalismo al capitalismo como una metáfora de la figura de Carmen, que siempre me pareció una persona que sabía transmitir con gran destreza (“vender”, “comerciar”) lo que otros habían producido. Ambos historiadores discutieron sobre si el comercio o la naciente industria transformaron las relaciones feudales. Resumiendo: para uno (Dobb) el comercio no cambia el sistema de relaciones sociales, solo intercambia, para otro (Sweezy) el intercambio es la base de la transformación social del feudalismo. Era una

---

\* Este texto es una reflexión sin notas y sólo con reseñas bibliográficas.

manera “académica” de expresar cómo hay personas que saben comunicar lo que otros han producido y estos, en cambio, crean, inventan, pero muchas veces son incapaces de transmitir. Un buen vendedor de coche puede no saber nada de cómo funciona su mecánica y un ingeniero ser incapaz de explicar lo adecuado que es adquirirlo. No pretendía entrar en la ya antigua polémica, en el debate historiográfico que ocupó gran parte de la segunda mitad del siglo XX, pero Ibáñez me contestó sin más: “Otra vez la transición del feudalismo al capitalismo, no, por favor”. Transmitía así un cansancio por lo que consideraba un tema clásico de la historiografía marxista y su manera de interpretar los hechos históricos. Una forma de romper con ese marxismo que había servido, muchas veces de manera mecanicista, para realizar análisis de determinados temas. Pero ese no era mi propósito. Es más, si tengo que considerar el marxismo como una teoría abierta que pueda servir para interpretar algunos aspectos históricos o utilizar sus conceptos, escogería a los marxistas ingleses y a otros autores no vinculados a ese marxismo de catecismo que se divulgaba en los libros de texto de la URSS. Pero Ibáñez entiende que, si utilizas una terminología que él considera marxista eres un marxista, y así lo interpreta cuando alguien se refiere al concepto “clase obrera”.

Entré en la polémica de una manera espontánea, casi sin preverlo, porque suelo visitar solo de vez en cuando Facebook, donde incluyo mis columnas periodísticas cada lunes. Sin embargo, el debate fue aumentando con algunas otras intervenciones, e incluso acabé enfadándome por su manera de responder con esa displicencia que le caracteriza, manifestando que pasaría tiempo hasta que entrara con él en otro debate.

Léase primero el debate aquí recogido y posteriormente mi aportación. Esto fue lo primero que leí en relación con el tema el 12 de septiembre de 2017, y aquí no me pareció oportuno hacer ningún comentario:

José Luis Ibáñez Salas [JLIS]: “No existe el pueblo catalán, no existe la clase obrera. No existe el pueblo vasco ni la clase burguesa. No existe el pueblo español ni la clase noble. No existen ni los pueblos ni las clases sociales como entes analizables históricamente, tampoco como sujetos históricos o como protagonistas de la realidad. Siento que tantas muertes no hayan servido para nada, tantos sueños sean un puro ejercicio de nostalgia inventada”.

Pero empezó todo el 9 de diciembre de 2018 con la foto incluida y mantengo los textos tal como aparecieron en Facebook<sup>1</sup> con algunas mínimas correcciones de erratas, normalmente debidas a la espontaneidad de la escritura cuando se interviene en dicha plataforma, eliminando las intervenciones de otras dos personas que también quisieron opinar sobre el asunto pero que no vienen al caso para analizar el contenido:

---

<sup>1</sup> <https://www.facebook.com/jose.l.salas.71>

JLIS: ¿Qué es eso de 'la clase obrera' que a veces sale por aquí a relucir? El asunto es que es una entelequia de una escuela historiográfica útil para explicar el futuro, pero inútil para explicar la realidad. Y, además, ahora no hay obreros.

Javier Paniagua Fuentes [JPF]: ¿La clase obrera es una entelequia? ¿En los comienzos de la revolución industrial y hasta los 60 del siglo XX? Puede discutirse su evolución e incluso su disolución de aquellos obreros de los sindicatos o los partidos socialista, pero pensar que fue una entelequia de una escuela historiográfica... ¿cuál? Si hasta las encíclicas papales se referían a ella. Una cosa es interpretar o discutir su papel en el proceso histórico de acuerdo con una teoría histórica y otra considerar que es una entelequia, es decir un no ser.

JLIS: ¿Las clases existen? ¿No son una construcción explicativa? ¿Existieron? ¿Cuándo? Usamos las expresiones, sabemos que las expresiones son conglomerados lingüísticos con los que explicar cosas que carecen de nombre porque no constituyen ninguna agrupación real de nada. Mira la diferencia. España, una construcción que sí existe. Clase media, una construcción inasible, inagrupable, sin definición oficial ni lugar físico donde ser nada

JLIS: El asunto es que es una entelequia de una escuela historiográfica útil para explicar el futuro, pero inútil para explicar la realidad. Y, además, ahora no hay obreros.

JLIS: Cuando encuentre el texto donde Pérez Ledesma explicaba esto mejor que yo te lo cito convenientemente. Esta noche lo busco.

JPF: Ya sé a qué textos te refieres. Conviví durante 15 años con Manolo, que falleció hace año y medio, y con Álvarez Junco en el Consejo de Historia Social y acudieron al I encuentro que organicé en 1980 sobre la Historia de la clase obrera, y conozco sus tesis que han ido cambiando con los años desde aquel artículo que publicaron en La Revista de Occidente. Se podrá estar a favor o en contra de sus tesis, pero creo que nunca pusieron en cuestión que existiera como una realidad social que se manifiesta en partidos y sindicatos. Lo de constructor lingüístico está bien para Lyotard y el posmodernismo, pero eso es otra teoría, respetable como el marxismo o el liberalismo, para interpretar la historia.

JLIS: La clase obrera no existe. Ni ha existido. No ha habido una clase obrera, como no ha habido una clase media. Otra cosa es la aristocracia, que tiene un sitio donde registrarse, y si no estás en él no eres noble. Cuando digo que no existen es que no hay forma de registrarlo, porque para ser una clase hay que tener conciencia de ello y sin ello no hay clases. Y la conciencia de ser obrero sólo pudo ser inculcada.

JPF: O sea que como la clase obrera no existe porque para serlo hay que tener conciencia de ello, los que lucharon con huelgas o barricadas por mejorar sus

condiciones de trabajo y en algunos casos proponer alternativas a la sociedad en la que vivían no tenían ninguna conciencia de sus realidades, de sus salarios, de sus hora de trabajo, de la falta de coberturas sociales, no tenían conciencia de lo que eran y vivían y de su afiliación a sindicatos y partidos que defendieron sus intereses y que ello no suponía que lo hicieran siempre a partidos de izquierdas. El fascismo movilizó a la clase obrera como lo hizo el Peronismo. Bueno hasta ahora no había visto una interpretación tan solícita de la realidad: de lo que se supone que si no se tiene conciencia no existe. Como no tengo conciencia de los planetas que puedan existir en el universo por eso niego su existencia. Ni Berkeley llegó tan lejos.

JLIS: La clase obrera existe porque tiene conciencia de ello, si no, no existe. Las clases, como se las inventaron los teóricos marxistas, funcionan así. Por eso son una entequeia. Las mesas no son clases, no necesitan pensarse. Nunca creí que tuviera que explicar esto. Ni Adán llegó tan cerca

JPF: Al final la culpa es del marxismo. Ni Derrida, Foucault ...y otros autores de la posmodernidad estarían en parte de acuerdo, pero no con la superioridad intelectual de “nunca creí que tuviera que explicar esto”. Estamos para eso, para explicarlo todo y confrontar teorías y opiniones. Lo demás es desprecio al otro.

JLIS: Hombre, explicar a un marxista lo que dice el marxismo sobre algo con lo que no estoy de acuerdo, pero él sí, porque lo interpreta de otra manera, no es habitual. Las clases sociales existen porque tienen conciencia de sí mismas y en ese intrínquilis de su conciencia está es la historia y el cambio con el que el marxismo explica todo. Pero, hétenos aquí que las clases no existen, porque no hay nada que sea la clase obrera, y si hubo algo parecido fue por el voluntarismo de quienes sí se creyeron que eran parte de una clase que iba a cambiar el mundo.

JPF: Y por qué supones que estás explicándolo a un marxista. ¿Acaso interpretas que defiende el marxismo como una teoría irrefutable? ¿Y en qué te basas para suponer eso? La existencia de la clase obrera no es solo defendida desde el marxismo. Incluso los liberales y los teólogos la defienden. Un poco menos de superioridad intelectual no vendría mal.

JLIS: Si topamos con la Iglesia, entonces me callo. Yo no he interpretado nada. Sólo he deducido que eres marxista si usas formatos marxistas de interpretación de la realidad y refutas a los que descreemos de ello. No veo ofensa en tal cosa. De hecho, yo expuse una pregunta y tú replicaste dudando de mis palabras como si las palabras que yo usaba fueran una ofensa

JPF: Todos utilizan formatos multifactoriales y eso incluye a Marx, Popper, Isaac Berlín, Foucault, Derrida que nunca descreyeron del marxismo, y a otros muchos. Pero tú partes ya de que el que opina de una manera determinada tiene que ser marxista en un

tema determinado. Eso es dogmatismo puro y duro y donde he dudado de tus palabras simplemente he discutido tu interpretación. Me costará tiempo tener un debate de nuevo contigo

JLIS: ¿Y quién pertenece a ella, ¿quién pertenecía, todos los trabajadores o los que creían pertenecer a la clase obrera? Yo no creo que haya existido nunca. Una clase es un grupo social consciente de serlo que pretende modificar la realidad con unos intereses de clase. Y tal cosa no ha existido. Ha sido útil y sigue siendo útil para quien tiene la intención de explicar la historia como una lucha entre intereses de grupos conscientes. Pero yo no comparto esa creencia, esa ideología. Creo que ahora está más claro.

El debate es antiguo y desde *Historia Social* le habíamos dedicado algunos artículos. El número 18, de invierno de 1994, fue un específico sobre el historiador E. P. Thompson, donde colaboraban el propio autor, Fontana, Eley, Sewell Jr., Wood, Palmer, Giddens y Perry Anderson. Cada uno enfocaba el tema desde perspectivas diferentes y a veces contrapuestas, pero nadie afirmaba que la clase obrera fuera una entelequia y sí una realidad social histórica por encima de su conceptualización lingüística. Desde el siglo XIX, en la Inglaterra de la Revolución Industrial, los artesanos comenzaron a señalar a los trabajadores de las nacientes fábricas como la “working class”, como indica Stedman Jones, y el término se extendió por toda Europa para conceptualizar a unos trabajadores que desarrollaban su actividad en las industrias y comenzaron a crear sociedades de protección, después sindicatos y partidos políticos. Pero Jones discute la concepción de que las clases de Marx se determinan por la división material entre burguesía y proletariado y las concibe como la articulación política que genera un lenguaje para defender los intereses de los trabajadores frente a los que dominan los medios de producción. El lenguaje como articulador de propuestas políticas y sociales se convierte en el contenido fundamental para generar la conciencia de clase y su utilización a través de un relato de la propia experiencia implica una manera de enfocar e interpretar la realidad y cohesionar a la clase obrera. No solo se trata de trasmitirla sino de analizarla y contrastarla con las interpretaciones dominantes. (*Lenguaje de clases. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa, 1832-1982*, 1989) Para Ibáñez no existe, en cambio, ninguna manera de consensuar términos que impliquen un significado, aunque se disienta de su evolución o sus formas de aplicación. Es como si estuviéramos en el realismo mágico historiográfico porque nada que no se pueda tocar tiene consistencia real. Lo que se deriva de la negación de la existencia de la clase obrera es que el concepto es solo un flatus vocis con el que designamos hechos o movimientos sociales que calificamos desde una concepción teórica previa. Es la vuelta a Nietzsche: no existen hechos sino interpretaciones, que la filosofía postmodernista elevó a categoría preferente.

En la propia dinámica del marxismo los debates sobre la determinación de las clases sociales han sido constantes. Desde la publicación del Manifiesto Comunista y su proclamación de que la historia de la Humanidad es la historia de la lucha de clases, han surgido diversas cuestiones, empezando por la propia conceptualización de a qué nos referimos cuando hablamos de clase. ¿En qué nos basamos, en suma, para identificar una clase? ¿En la propiedad de los medios de producción? ¿En la venta de habilidades para un determinado trabajo a cambio de un salario? ¿En el patrimonio acumulado? ¿En el estatus social logrado en una determinada sociedad? Marx señalaba que el capitalismo se caracteriza por una sociedad de clases donde unos ofrecen su fuerza de trabajo y otros poseen el capital o las tierras, de tal manera que unos reciben un salario y otros obtienen las ganancias y las rentas del suelo. Y a partir de ahí se inicia la lucha de clases como motor de la historia. Pero otros autores discutieron o matizaron a Marx: desde Weber (*Ensayos de sociología contemporánea*, 1972) a Talcott Parsons (*Sociological Theory and modern society*, 1967) y otros han proporcionado análisis sobre cómo interpretar a lo que denominamos clases sociales.

La propia historiografía marxista tuvo dos maneras de concebir el peso del materialismo histórico. En unos casos se incidió en el desarrollo de las fuerzas productivas como factor determinante de los procesos históricos, siguiendo el Prefacio a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* que Marx publicaría en 1859. En este sentido se le ha tachado de determinismo tecnológico al suponer la relación ineluctable entre una base económica y una superestructura de la que surgen las relaciones de producción en una etapa dada, que determinarán los cambios sociales a medida que la estructura de esa base se vea alterada y es entonces cuando se evidencia el antagonismo de clases y los cambios jurídicos de adaptación a las nuevas circunstancias. En otros análisis lo sustancial de las transformaciones sociales viene determinado por la primacía de la lucha de clases, por encima del desarrollo de las fuerzas productivas. Y en este sentido la creación de una cultura propia, de una moral o de un sistema de relaciones provocarán, como intentarán demostrar E. P. Thompson en *La formación de la clase obrera*, o Robert Brenner (“Estructura agraria de clases y desarrollo económico en la Europa preindustrial”, *Debats*, 1976; léase también T. H. Austin, *El Debate Brenner*, 1988) la consolidación del capitalismo desde la superación del feudalismo. Por tanto, el motor clave de conciencia de pertenencia a una clase que va descubriendo su papel en el proceso de producción será la lucha para enfrentarse a sus explotadores. Junto a estos dos puntos de vista otros diferencian entre relaciones de producción y lucha de clases, aunque frecuentemente se utilicen ambos términos como sinónimos, pero puede ocurrir que haya relaciones productivas que no deriven necesariamente en antagonismos, lo que da lugar a considerar elementos subjetivos (políticos o psicológicos) que intervienen en el proceso. Lo cierto es que Marx nunca teorizó de manera directa sobre qué era una clase social. Al parecer, en sus escritos da por supuesto

que ineluctablemente en el capitalismo habrá dos bandos irrenunciables: la burguesía y el proletariado. Todas las demás fracciones de clases no son más que elementos efímeros de un proceso que acabará en la lucha final de las relaciones sociales capitalistas. Es lo que puede deducirse de su trabajo sobre el 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte, cuando distingue el enfrentamiento político entre distintos agentes a los que alude como la burguesía, la aristocracia, los terratenientes, los banqueros, la pequeña burguesía, los campesinos, la clase media, el proletariado, etc. Pero en ningún caso hay una teorización sobre cada uno de estos estamentos, y los sociólogos posteriores que entraron en el tema, marxistas o no, intentaron desentrañar una realidad que parecía evidente pero cuya categorización resultaba casi imposible. De hecho, se recurrió a señalar lo más característico para clasificar los elementos sociales del sistema productivo: los ingresos que se reciben anualmente. Desde aquellos que, con sueldos altos como los ejecutivos de las grandes empresas, entidades bancarias o los altos funcionarios del Estado, hasta los trabajadores cualificados, los sin cualificación, pasando por los autónomos o los propietarios de las empresas grandes o medias. Esta fragmentación de las diferentes capas sociales ha condicionado un cierto abandono teórico para intentar clasificar las características de esa supuesta polarización creciente del capitalismo y, hoy en día, no existe una conceptualización consensuada de lo que significa una clase social, al margen de que se critique o se acepte la interpretación marxista de lucha de clases.

El concepto de clase social tiene relación, además, con otras estratificaciones como la de casta, determinada fundamentalmente por el nacimiento y de la cual no puede salirse, o los estamentos que todavía perviven en algunas sociedades, y que se utilizan como categorías históricas que mantienen una cohesión orgánica y le dan una función pública determinada: patricios, plebeyos, esclavos, nobles, militares, villanos, siervos, clero... donde era posible, aunque remotamente, cambiar de estatus: se puede adquirir la nobleza por nacimiento o por otorgamiento de la realeza, o un esclavo puede alcanzar la libertad. Pero con el desarrollo del capitalismo el elemento predominante en los análisis de las sociedades es la clase social, que a su vez se extiende a los procesos históricos anteriores, como las sociedades esclavistas o feudales.

Es curioso que Ibáñez en el debate de Facebook señale que la nobleza sí tiene una entidad real o jurídica porque hay un lugar donde inscribirse, que le proporciona un reconocimiento como tal, mientras que la clase obrera, en todo caso, adquiere un reconocimiento subjetivo porque los agentes así se consideran, y es entonces el marxismo el que le da entidad a través de la teoría del materialismo dialéctico y no la realidad. (“La clase obrera no existe. Ni ha existido. No ha habido una clase obrera, como no ha habido una clase media. Otra cosa es la aristocracia, que tiene un sitio donde registrarse, y si no estás en él no eres noble. Cuando digo que no existen es que no hay forma de registrarla...”) Es como si se volviera a las viejas definiciones que hacían

los antiguos profesores del entonces Derecho Político en el franquismo. Ferrando Badía o Sánchez Agesta señalaban los estamentos como una verdadera comunidad, “orgánicamente articulada” por el orden jurídico-político, al contrario de la clase que supone una división “asistemática y accidental” de la sociedad y cuya base se sustenta en un criterio económico. (Ferrando Badía, *Casta, Estamento y Clase Social*, Madrid, 1974) y su utilización se ha venido configurando por el marxismo con connotaciones políticas porque la clase no es un grupo social, ya que carece de cohesión. Desde esta perspectiva se anula la interpretación marxista de la lucha de clases puesto que el capitalismo ha evolucionado profundamente desde el siglo XIX y existe una separación entre propiedad y control de esta, así como el nacimiento de una clase media, también llamada intermedia, hegemónica, con muchas variantes dentro de ella, que permite la movilidad social, y además el capitalismo ha permitido la legalización de los conflictos de clases. Por tanto, la propiedad, o no, de los medios de producción no es el rasgo definitorio más decisivo de las clases sociales y para ello se acogen a las obras de Weber, Dahrendorf, Touraine, Duverger o E. Pin y otros que matizan o descalifican lo que atribuyen al esquematismo marxista, con la utilización de conceptos como el de estratos sociales, la educación o el prestigio entendido como un valor que los seres humanos adquieren por su posición en el entramado de las sociedades. En especial Ferrando Badía se ciñe a la concepción de Dahrendorf (*Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*) que propone sustituir el concepto de relaciones de clase por el de relaciones de autoridad, porque esta es la determinante del control de las empresas y de esa manera pretende superar la dicotomía marxista entre propietarios de los medios de producción y asalariados. Considera que el capitalismo en el que vivió Marx a mediados y finales del siglo XIX no cuenta con la evolución que este ha experimentado durante todo el siglo XX. Pero a pesar de todo también se reconoce que en el marxismo existen distintas capas sociales o categorías sociales dentro de las clases, que no siempre comparten intereses idénticos, aunque nunca contrarios. Porque para Marx, en última instancia, en cada periodo histórico las clases son profundamente antagónicas y en un momento u otro se disparará la lucha entre ellas.

Sea cual sea la teoría con la que definamos la clase, su concepto es, en todo caso, un marco de referencia que se utiliza para designar las diferencias que se producen en las sociedades, que conllevan desigualdades y establecen privilegios. Autores como Ferrando Badía o Sánchez Agesta están muy lejos del marxismo y no por ello dejan de utilizar el concepto de clase, lo que supondría, en el discurso de Ibáñez, que también son marxistas. (“si me dices que es una concepción admitida por los historiadores no marxistas como alguien ha dicho antes de enfadarse te diré que si usas términos marxistas eres marxista”) En este sentido también las opciones políticas y las formas de pensamiento y actuación se constituyen en función de la pertenencia a las clases, pero ello solo remite al capitalismo del siglo XIX en el que vivió Marx. Sin embargo, con la



evolución de este los conflictos políticos adquieren una dimensión distinta que enlaza con la fragmentación de los distintos estratos sociales que la sociedad de mercado ha ido generando y por tanto la violencia entre burgueses o proletarios ya no tiene los rasgos de la primera época capitalista, y en ese sentido intentó analizar el tema Max Weber que coincide con Marx en que existen cuestiones económicas de base objetivas. Entienden la división más allá de la propiedad o no de los medios de producción, y en esa perspectiva se refieren a las cualificaciones técnicas (trabajadores de cuello blanco, funcionarios, autónomos, artesanos...) los pequeños propietarios o los privilegiados por sus credenciales académicas o de prestigio que proporcionan un poder determinado, y que fueron designados clases medias. Es decir, en la función que desempeñan en los factores productivos, de ahí que la mayoría de sus seguidores hayan sido denominados sociólogos funcionalistas. Así, a partir de su teorización han surgido distintas variantes que, en algún caso, han rebatido de manera global la caracterización marxista al considerar que Marx se equivocó sobre la evolución del capitalismo, como hemos visto en Dahrendorf. Y otros, sin dejar de reconocer la aportación marxista, han intentado concretar otra nomenclatura. El sociólogo inglés de Oxford, Frank Parkin, insistió en la línea de Weber introduciendo el “cierre social” como elemento para superar las deficiencias del concepto de relaciones de producción marxista. No solo los propietarios lo practican para mantener sus privilegios de clase, aquellos que por cualquier razón - raza, religión, sexo, idioma u otras- obstaculicen la posibilidad de ascenso social imponen sus condiciones para implantar su dominio y de esa manera impedir la competencia. Puede existir un cierre hacia arriba para conseguir que los estratos superiores, los propietarios o burgueses, mantengan sus condiciones, pero tengan que atender las demandas de aquellos que poseen condiciones de control de los procesos productivos. O hacia abajo, para que sus subordinados no le planteen reivindicaciones que amenacen su estatus, y desde esta posición crítica con mordacidad el marxismo académico que solo sirve para hacer currículo. (Frank Parkin: *Marxism and class theory: A bourgeois critique*, 1979) Ya en 1971 la editorial Debate publicó un libro suyo, presentado por José María Maravall: *Orden Político y desigualdades de clase*: “El hecho de que podamos hablar de un sistema de clases sugiere que debemos distinguir algún tipo de corte sustancial en la jerarquía de las remuneraciones” (p. 35) Y desde una perspectiva más funcionalista está la obra de John Goldthorpe (*Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*, 1980) que establece la distinción de las clases en función de las oportunidades de los mercados y sus condiciones de trabajo en el mismo (las “categorías profesionales”), contando con la propiedad, la cualificación o la fuerza de trabajo manual. De esa manera concibe las relaciones de servicios de las que surgen la “clase de servicio”, que son trabajadores muy cualificados, que muchas veces imponen las condiciones de producción sin ser propietarios de lo que administran pero que se asimilan a estos; y por debajo estarían los empleados no manuales, los pequeños

propietarios o artesanos autónomos, los pequeños campesinos, los técnicos de grado medio que supervisan el trabajo manual, los trabajadores semicualificados y, por último, los que apenas tienen cualificaciones, que estarían relacionados con un contrato de trabajo en el que se establece la renta recibida por una determinada actividad de trabajo. Su preocupación principal no es la clasificación de las clases sino la movilidad social.

Ha habido igualmente confluencia entre el marxismo y la teoría weberiana, como en el caso de la obra de E.O. Wright, *Clases* (1994), donde analiza la diferencia entre propiedad jurídica, el control efectivo de la misma y la segmentación interna que se produce en las clases sociales, al tiempo que intenta conceptualizar lo que entendemos por clase media, con sus divisiones internas, y la conciencia de pertenencia a una de ellas. Pero el concepto de explotación, relacionado con la asimetría del acceso de los bienes materiales, sigue siendo la base principal desde donde emergen las clases, y no del mercado, como explicaban los weberianos, aunque no solo la explotación la realizan los propietarios sino también los directivos a los subordinados. Es decir, dentro de una misma clase pueden existir antagonismos profundos, donde entran en juego la autoridad o las cualificaciones, y ello les permite a los más cualificados apropiarse de una parte del excedente social (lo que él denomina una *skill rent*). Según la tipología de las posiciones de clase en la sociedad capitalista de Wright<sup>2</sup>:

#### Propietarios de los medios de producción

1. Burgueses: Poseen capital suficiente para contratar obreros y no trabajar.
2. Pequeños empleadores: Poseen capital suficiente para contratar obreros, pero tienen que trabajar.
3. Pequeños burgueses No pueden contratar obreros, o muy pocos, y tienen que trabajar.

#### No propietarios de los medios de producción

Poseen capital suficiente para trabajar para sí mismos, pero no para contratar obreros

1. Directivos expertos.
2. Directivos calificados (clases medias altas).
3. Directivos no calificados (clases medias)
4. Supervisores expertos
5. Supervisores calificados (clases medias)

---

<sup>2</sup> Cuadro inspirado en el de Manuel Riveiro y Manuela Castañeira en “Comparando los esquemas de clase de Wright y Goldthorpe” en *V Jornadas de Jóvenes Investigadores, en el Instituto de Investigación Gino Germani*, Buenos Aires, 20 de enero de 2009.

6. Supervisores no calificados (clases medias bajas)
7. Expertos no directivos (clases medias bajas)
8. Obreros calificados (clase obrera)
9. Proletarios (clase obrera)

También John E. Roemer, uno de los integrantes de lo que ha sido denominado el marxismo analítico, donde toma cuerpo el “socialismo de mercado”, considera inapropiada la planificación económica de los países socialistas y propone un mercado donde no quepan los males públicos que pueden tener efectos perversos sobre la colectividad, como es el no control de la contaminación o de los paisajes naturales. Modifica el concepto de clase y establece la igualdad de oportunidades, ampliamente extendido en las sociedades occidentales, aunque con opiniones muy diferentes del mismo y su aplicación: desde la no discriminación por raza, religión o sexo hasta la intervención política para corregir las desigualdades, como facilitar una educación para todos, es decir lo que él llama la nivelación del terreno de juego. (*Teoría General de la explotación y las clases*, 1989) En otra dimensión contamos con el populismo teórico de Ernesto Laclau (*La razón populista*, 2005) que sobrevalora el liderazgo y los relatos políticos por encima de las condiciones estructurales porque las identidades colectivas no son previas al conflicto, ya que son las ideas o los relatos quienes construyen la clase. Era su manera de generar una alternativa al peronismo imperante en Argentina. Los propios agentes sociales, con su cultura y sus experiencias, partiendo de unas condiciones dadas, establecen el sujeto de su actividad como trabajadores. De esa manera se hace imprescindible combinar ambos planos, ya que el espacio ideológico-político es autónomo con respecto a la estructura de las relaciones sociales. Pero es la política la que constituye el sustento que permite la unión del “pueblo” basado en un principio de clase que le proporciona coherencia, a pesar de las posibles diferencias de los agentes sociales, priorizando lo fundamental de lo accesorio entre los diversos intereses, por lo que el discurso debe tener un objetivo transversal para luchar contra la ideología y las estructuras dominantes.

De hecho, muchos sociólogos prescinden del concepto de explotación de clase tal como lo formuló Marx porque opinan que es obsoleto para aplicarlo al capitalismo avanzado posindustrial, y tratan de cuantificar los diversos sectores sociales mediante las ocupaciones que desempeñan y lo que les proporciona la capacidad de rentas para adquirir los bienes del mercado. No consideran que exista una conexión necesaria entre la pertenencia objetiva a una clase, la conciencia de la misma y la capacidad de acción por pertenecer a ella. Es decir, lo que se ha desechado es aquella distinción de clase “en sí”, u objetiva, y clase para “sí” o subjetiva, más propia del marxismo-leninismo. Y además han entrado en juego otros elementos como el movimiento feminista, las opciones sexuales o el racismo: La teórica feminista Nancy Fraser destaca que

“necesitamos una definición totalmente diferente de clase trabajadora. No solo hombres blancos en fábricas, de hecho, de esos, cada vez hay menos dentro de la clase trabajadora. El tipo del feminismo por el que abogo es un movimiento de clase” (Adriana M. Andrade/ Elena De Sus, “*Entrevista a Nancy Fraser*”, CTX, 3 de abril de 2019) Fue el sociólogo sudafricano, que trabajó en Inglaterra en la Universidad de Leeds, John Rex, quien introdujo la cuestión étnica desde la perspectiva weberiana en los conflictos sociales (*Problemas fundamentales de la teoría sociológica*, México, 1972) Ya Vicenç Navarro en 2017 alertaba de los costes de enfatizar el género y la raza sin atender a la clase social (“*Los costes de enfatizar género y raza sin considerar clase social: el caso de EEUU*”, Público, 26 de enero de 2017) Como señala el director mexicano Alfonso Cuarón en su película Roma, “existe una perversa relación entre raza y clase social” (InfoLibre, 5 de abril de 2019) El genocidio de 1994 en Ruanda de hutus contra tutsis se analizó principalmente como una cuestión tribal cuando algunos antropólogos lo consideraron principalmente como un problema de clases (Canisius Niyonsaba, “*Orígenes de la ideología hutu-tutsi*”, 2011)

Por todo ello la formulación de Weber y su teoría comprensiva, y las derivadas a partir de las teorías por el politólogo alemán, se han incorporado a los análisis marxistas, con lo que tenemos un neomarxismo en el que se atiende a la contingencia histórica que tiene la evolución del capitalismo y las nuevas relaciones que este ha provocado. Se matiza, en suma, con mayor o menor énfasis, la explotación y la dominación o autoridad, así como el papel del mercado por lo que el peso que se le dé a cada uno de esos elementos nos acercará más al funcionalismo que al marxismo. También, y desde la caída del muro de Berlín en 1989, el prestigio del marxismo académico en muchas universidades ha ido perdiendo fuelle, bien por cuanto perdía categoría en los currículos para ascender en el escalafón universitario, o porque el llamado socialismo real se vio cuestionado por las teorías posestructuralistas. Como señaló William H. Sewell en 1994, en el número de *Historia Social* reseñado anteriormente, la crítica al marxismo se extendió por las Universidades inglesas (ocurrió también en Francia, Alemania, Suecia y más recientemente en España y Portugal) Curiosamente, en un libro claramente identificado con la teoría clásica de Marx se afirma: “Hubo un tiempo en que ser marxista estaba de moda, era cool y hasta servía para ligar” (Ricardo Romero y Arantxa Tirado, *La clase obrera no va al paraíso*, 2016) Otro ejemplo fue el de Manuel Pérez Ledesma que de un marxismo ortodoxo de sus primeros trabajos historiográficos y de su militancia política de izquierda desembocó en análisis de los movimientos sociales alejados, en mayor o menor medida, de la concepción marxista, trasunto de lo que estaba ocurriendo en las Universidades de Gran Bretaña y Francia, (Pérez Ledesma: “Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos Sociales, teoría e historia)” *Zona Abierta*, 69, 1994) Acabó abandonando el Consejo de Redacción de *Historia Social* en 2006 por desavenencias sobre la asignación de unas plazas de profesores funcionarios

en cuyo tribunal estaba José Antonio Piqueras, codirector de la Revista. La crisis de 2006 fue, en su origen, una cuestión de poder sobre el control de las plazas de los profesores universitarios a la que se acogió también Álvarez Junco, que nada tenía que ver con el asunto de la adjudicación de las plazas ni tampoco con una identificación del marxismo. Pero tengo para mí que existían por medio dos cuestiones a considerar: la tendencia historiográfica marxista de Piqueras (la mía no era contraria pero menos comprometida) y lo que consideraban una dependencia del núcleo valenciano-que dirigíamos y administrábamos la Revista- en cuyo Consejo de Redacción en aquella época había también aragoneses como Julián Casanova, de la Universidad de Zaragoza, o universitarios de las Universidades catalanas como Mary Nash, Ricardo García Cárcel y Pere Gabriel. Álvarez y Pérez, procedentes de los círculos intelectuales madrileños de “izquierdas” y su deseo de ser referentes principales de la historia social en España, no toleraban fácilmente que la Revista se dirigiera desde fuera de su mundo universitario e intelectual. Era, en el fondo, una traslación de la España dirigida desde la Corte y la que busca su identificación propia en otros lugares de España, sin considerar como referencia a los intelectuales de la capital del Estado. Lo señala bien Santos Julia (quien también abandonó la Revista casi nada más nacer) en su homenaje a Pérez Ledesma (“La forja de un historiador” en el *Historiador Consciente*, 2015) donde obvia en su recorrido sobre su trayectoria historiográfica que perteneció al Consejo de Historia Social durante 18 años y señala que entre sus malestares sobre la historiografía española está “el predominante interés que la consolidación del Estado de las Autonomías había suscitado hacia la historia local o regional” (p. 19) Pero como apuntaba W.H.Sewell para referirse a las nuevas técnicas de la investigación de los movimientos sociales que se estaban desarrollando en Gran Bretaña y Francia a partir de los años 70 del siglo XX, “la historia social se ha convertido fundamentalmente en la historia en la serie de comunidades locales de trabajadores” (*Work and Revolution in France. The language of Labour from Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980) El crecimiento del independentismo y el auge del autonomismo en España también tiene que ver con una mentalidad centralista de intelectuales (historiadores, economistas, sociólogos, juristas...), que, aunque negada como principio por ellos mismos, se evidencia cuando aparecen núcleos de investigación al margen de sus estudios que cuestionan u obvian sus tesis. En realidad, en el Consejo de Redacción había miembros de tendencias historiografías distintas y se procuraba publicar aquellos artículos o dossiers que tuvieran una buena calidad y fueran innovadores, procedieran de donde procedieran. Como expresaron, en junio del 2006, los otros miembros del Consejo en carta remitida a ellos mismos: “La pluralidad es la norma por la que se ha regido el consejo de redacción desde su fundación”. Ya en 1982 ambos, Pérez L. y Álvarez, criticaron la forma en que se realizaban las historias del movimiento obrero como una historia militante y proponían abrir espacios a otras consideraciones de los movimientos sociales, más allá de los estudios de las

organizaciones obreras, “olvidando que la clase no es una categoría estática, sino el fruto de un proceso histórico” (“Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda rotura?” *Revista de Occidente* 12, 1982, p. 31) Habían asistido a la reunión de historiadores sobre la historia del movimiento obrero que yo había organizado en 1980 por el ICE de la Universidad de Valencia en Barx (Valencia) y allí apuntaron algunas de sus ideas, pero aquel artículo no era más que una traslación de lo que se había producido a finales de los años 70 del siglo XX en la historiografía francesa del movimiento obrero en la revista *Le Mouvement Social*: “la historia obrera consolidó su apertura hacia otros enfoques. Atrás quedó la historia del movimiento obrero, ya minoritaria” (Roberto Cezmanos Llorens *De la historia del movimiento obrero a la historia social*, 2004, p. 142)) De nuevo, en una segunda reunión en 1982, 11 historiadores españoles del movimiento obrero organizada por el Centro de la UNED de Alzira-Valencia (yo era su director) y la Institución Alfons el Magnánim de la Diputación de Valencia (J. J. Castillo, Josep Termes, Pere Gabriel, J. Álvarez Junco, Santiago Castillo, Santos Juliá, Pérez Ledesma, Carlos Forcadell, J. A. Piqueras, Aurora Bosch, Javier Paniagua, M. Cerdá y Salvador Forner) Pérez Ledesma afirmaba:

Se ha planteado un tema básico que es el de los límites y la definición del movimiento obrero (.) el movimiento obrero estudia los obreros con conciencia y que se mueven (...) pero no está muy claro que es la conciencia y eso nos lleva inmediatamente al subjetivismo (...) De ahí que no se hasta que punto debemos poner límites y me parece mucho más interesante estudiar por qué muchos obreros aplaudían a Franco o a Hitler’.

A lo que Josep Termes le contestó:

Creo que no es incompatible poner límites con introducirlo todo. Sigo creyendo que es conveniente y fundamental saber por qué los obreros votaron a Hitler, votan a la UCD o a la democracia cristiana en Italia o por qué no votan (...) hay un límite y es que esta suma de obreros no son lo que yo estrictamente entiendo por movimiento obrero en el sentido amplio, en el que, si caben en cambio organizaciones agrarias, sean católicas o de masones porque representan los intereses campesinos muy específicamente’

En aquella reunión se evidenció las diferencias de abordar los temas de la Historia del movimiento obrero entre los profesores de Madrid y los de Barcelona. Álvarez Junco, por ejemplo, señaló que la teoría “subyacente (de las historias del movimiento obrero realizadas) era la del marxismo vulgar”. Mientras que Termes alegaba que en Barcelona “había mucha más conciencia de un movimiento obrero amplio que había combatido al estado, a la patronal... que una idea marxista; ahora bien, si crees que esto es también dialéctica marxista, aceptémoslo, pero a mi entender es más una voluntad de

aportar aquello que se había camuflado” (*Movimientos sociales, Debats* 2/3, 1982, pp. 89-135) Pero más allá de los vaivenes historiográficos no se les ocurrió negar la clase como un concepto analítico, como supone Ibáñez, otro tema es que lo hicieran con una concepción marxista clásica, nacionalista o funcionalista.

Así, al margen de la variante del lenguaje de clase de Stedman Jones, pero siguiendo su estela, Patrick Joyce escribió *Visions of the People* (Cambridge, 1991), en el que aconsejaba que los historiadores se distanciaran del concepto de clase y, aunque sin rechazarlo explícitamente, lo esconde en un populismo donde sobresalen los ricos y los pobres como elementos dominantes. Como afirmaba Sewell “el populismo constituye un recipiente interpretativo útil porque permite meter en él cualquier cosa, pero es mucho lo que puede quedar fuera debido a un ajuste arbitrario de la tapadera” (*Historia social*, 1994, 137) Pero aún así, solo el desconocimiento de toda la producción teórica elaborada en torno a las clases sociales o la no lectura de los varios historiadores que la han aplicado a cuestiones concretas, puede obviar el reconocimiento del concepto, aunque se relacione más con el lenguaje o la autoridad que con una entidad objetiva. Incluso Margaret Thatcher, que tachaba a las clases de concepto comunista, reconocía que no eran ellas las que dividían y enfrentaban a la nación sino la consciencia de la misma, lo que significaba de alguna manera su reconocimiento. A la postre, las ciencias sociales de una u otra manera emplean conceptos teóricos para explicar la realidad, aunque sean diferentes o contradictorios. Afirmaba Richard Hoggart que “definir a la clase trabajadora grosso modo no significa que haya que olvidar las múltiples diferencias. Los tonos sutiles y las distinciones de clase entre sus miembros. Los habitantes de una zona determinada perciben los diversos grados de prestigio de las distintas calles” (R. Hoggart, *La clase obrera en la sociedad de masas*, 2013, p. 222) Las categorías y construcciones teóricas no son esquemas estructurados para adaptarlos a la realidad, sino elementos de reproducción de la realidad misma. Lo que no hacen los académicos -sociólogos, historiadores, economistas- o políticos en cualquier caso es negarlos, como si formaran parte de la nada de Heidegger ¿Para qué, entonces, indagar en la realidad pasada o presente? Algunos achacan esta deriva a la filosofía de los filósofos posmodernistas que se extendieron a partir de los años 80 del siglo XX donde ya no servían lo que llamaban los grandes relatos como el marxismo. Perry Anderson cuenta que los posmodernos estaban “privando de sentido las polaridades pasadas de moda tales como izquierda y derecha, clase capitalista y clase obrera” (P. Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, 2016, p. 36) No toda filosofía posmoderna puede ser considerada reaccionaria al servicio del neoliberalismo puesto que también contribuyó a cuestionar esa teleología en que a veces utilizó el marxismo o el liberalismo como lo hizo Fukuyama en el fin de la historia, pero si sirvió para justificar en muchos casos una crítica superficial del marxismo. Solo la frivolidad por epatar y estar dedicado más a las redes sociales que al estudio puede conducir a afirmar que las clases sociales no son más

que un concepto marxista que para nada sirve. Es una forma más de que las modas historiográficas se difundan, como las de los vestidos, y se hacen afirmaciones poco escrupulosas sin consideración a una crítica sustentada en una base teórica como hiciera Weber con Marx. Como decía Sánchez Ferlosio, “Vendrán unos años malos y nos harán más ciegos” Las afirmaciones de Ibáñez en una red social es un síntoma. De lo que se deduce que aquel que utiliza los términos marxistas para analizarlos, aceptarlos o rechazarlos está contribuyendo de manera directa o indirecta a su consideración y distribución. De tal forma que, si analizamos las ideas filosóficas o políticas desde los presocráticos, la de los teólogos medievales, de la Ilustración o la de los siglos XIX y XX perdemos el tiempo porque pueden servir solo para ofuscarnos con conceptos inútiles. ¿Hay alguien que dé más? Ni el revisionismo puede llegar a más ni la historia a menos.